

CHOOSE YOUR BATTLES



GABRIEL TOVAR

RELATO 1

Era la noche del 24 de Junio de 1997 en el campo de Carabobo, Venezuela, campo donde tuvo lugar la última batalla por la independencia de Venezuela en 1821, unas diez personas estaban en ese lugar en celebrando la conmemoración de aquella fiesta patria, pero no tomando o escuchando música, tenían en su poder equipos de grabación, detectores de ruido entre otros instrumentos, buscaban captar sonidos de animales nocturnos en la zona ya que era un proyecto para la universidad, duraron aproximadamente cuatro horas en completo silencio y dejando todos los equipos encendidos y grabando, tenían planeado escuchar insectos, aves, mamíferos y cualquier otro ruido dentro de aquel campo lleno de colinas, árboles y vegetación, al finalizar la grabación casi llegando el alba se dirigieron a la universidad para escuchar las primeras grabaciones para empezar a clasificarlo, cual sería su sorpresa que al colocar la primera cinta de grabación no escucharon ni grillos ni ranas como lo esperaban, en cambio escuchaban gritos, disparos, explosiones, sonidos de caballos entre otros, estaban escuchando una batalla, los técnicos sumamente sorprendidos llamaron a los supervisores creyendo que les habían cambiado las grabaciones en una especie de broma de mal gusto, cual sería la mayor sorpresa para todos los que estuvieron en la noche que todas, absolutamente todas las grabaciones tenían los mismos sonidos, estaban escuchando una batalla, varios, después de shock de escuchar aquellas grabaciones dijeron que lo que habían grabado la Batalla de Carabobo, batalla que ocurrió casi 200 años atrás y que todavía estaba ocurriendo pero en otro plano.

RELATO 2 y 3 : Los Reinos

La batalla de Qadesh no era sino el resultado natural de dos estados en crecimiento y expansión, ambos desde los dos extremos del occidente civilizado. Tanto uno como otro monarca no eran sino los continuadores de los dos más grandes reyes de sus respectivas dinastías.

Por un lado, desde la punta sur del "creciente fértil", nos encontramos al "imperio nuevo", el potente y unificado estado egipcio que había surgido tras la expulsión de los hicsos de territorio egipcio. Por primera vez, los faraones miraban hacia el exterior, con verdadero ánimo de conquista y expansión, al contrario que las más limitadas visiones y medios de las dinastías del imperio antiguo y medio. Tras un ligero intermedio por la herejía religiosa de Akenatón, la dinastía siguiente, liderada por Seti I, empezó a guerrear en todas las líneas de expansión posibles.

Exactamente en el otro extremo de la luna creciente que era y es el oriente próximo y medio oriente, en el norte, había surgido un nuevo y floreciente estado. El estado de Hattusa, conocido en la modernidad como el imperio hitita. Al igual que Egipto, había surgido de un conflicto interno, una guerra civil que había durado más de un siglo, para convertirse en una formidable potencia militar. La guerra había empezado por la muerte de un gran rey, Mursil I, asesinado por sus propios nobles tras tomar Babilonia, y un gran

rey iba a terminarla, el gran Shubiluliuma I.

Al contrario que la monarquía teocrática egipcia, un estado tan centralizado como era posible en la edad antigua, el estado hitita era un estado que se podía considerar casi como una confederación de tribus, guiada por la mayor preponderancia militar de los Hititas desde sus fortalezas de Anatolia. Los hititas habían desarrollado a nuevas alturas tanto la forja del hierro como el uso de caballos en combate, ideando los poderosos carros de guerra.

Estos carros solían estar ocupados por un conductor, habitualmente escudero, que manejaba las riendas y guiaba el carro, como de un noble armado con arco. En los casos más espectaculares, el carro era lo suficiente amplio como para albergar uno y hasta dos tiradores adicionales, convirtiéndolo en una rápida fortaleza móvil (usando ruedas falcadas) que podía desplazarse con rapidez al frente enemigo y rociarlo con flechas, para conseguir una pronta retirada.

Si bien este invento se puede considerar hitita, los egipcios lo adoptaron con prontitud.

El enfrentamiento era pues inevitable, así como el campo de batalla elegido, que no era sino la frontera natural entre estos dos estados: El Líbano y la Palestina.

Los primeros encontronazos entre la confederación/imperio hitita y Egipto fueron sin duda resueltos de una forma muy favorable a los Hititas. Tanto el rey Shubiluliuma como su sucesor Mursil II, tuvieron

probables encuentros con Egipto. Especialmente con el ya agresivo Seti I, el padre de Ramses.

Los Reyes:

En cierto modo, encuentro en estas dos figuras que tan gran sombra arrojan sobre la historia, Ramses II de Egipto y Muttawallis de Hattusa, una gran similitud con un caso mucho más cercano a nosotros. Francisco I de Francia y Carlos I de España.

Muttawallis nunca había sido joven. Al igual que su padre Mursil II y su abuelo, el gran Shubiluliuma, se había visto situado en el trono de una difícil y un tanto inestable confederación. A pesar de todo, y con la fuerza de su carácter, consiguió mantenerla fuertemente unificada y victoriosa durante toda su vida.

En cambio, de Ramses bien se podría decir que nunca llegó a madurar. Con un valor físico innegable, su vanidad llegaba a extremos insospechados. La falsa información que dejó en estelas y grabados de forma casi maniática sobre la propia batalla de Qadesh, dejó convencidos durante milenios a los historiadores, que consideraron tal batalla una brillante victoria egipcia.

Ambos serían los protagonistas de la batalla.

Casus Belli y Orden de Batalla

En el centro del conflicto se encontraba la ciudad de Qadesh, ciudad de importancia estratégica vital situada en el valle del río Orontes (ese que menciono tanto en mi AAR del reino de Jerusalén, y en el que más los cruzados situarían también la formidable fortaleza de Krak). Por ella pasaban múltiples rutas de comercio, y permitía dominar una gran zona de posible paso de tropas.

La fortaleza había cambiado de manos constantemente. Como es habitual en este segmento de la historia antigua, dada la mejor documentación disponible en Egipto, las noticias que tenemos sobre sus cambios de manos consisten en su mayoría de las victorias egipcias. Así, sabemos que tanto Tutmosis III, como el padre de Rasees II, el gran Seti I, habían conseguido tomar la fortaleza.

Pero, dada la gran superioridad táctica y estratégica de los hititas, así como de la obvia mayor capacidad militar de sus tropas y monarcas (Shubiluliuma y Mursil II), es dudoso que los egipcios pudieran mantener por largo tiempo esta fortaleza. Pero, al menos Rasees podía considerar el vasallaje de esta ciudad-estado, como un precedente para reafirmar de nuevo la dominación egipcia sobre Canaán y Siria.

El faraón tenía motivos para sentirse confiado. En los anteriores años el aún joven monarca había conseguido dirigir brillantes campañas militares contra las tribus libias y nubias, reforzando y asegurando las fronteras Sur y Oeste de Egipto. Sin embargo,

estas victorias contra enemigos tan inferiores como eran estas salvajes y desunidas tribus, no hicieron más que reforzar la autoconfianza y autocomplacencia del vanidoso monarca que era Rasees II.

Así, Rasees reunió un formidable ejército de aproximadamente 20.000 hombres, con no menos de 2.000 carros de guerra. Preparó a su ejército en cuatro divisores, que denominó rimbombantemente con los nombres de los dioses principales de las cuatro principales ciudades egipcias, donde había reunido sus tropas. Amón, de Tebas, que dirigía en faraón en persona. Ra de Memphis, Sutekh de Pi-Rameses y Ptah de Heliopolis.

Estas divisiones se hallaban formadas por 5000 hombres, de los cuales 4000 eran de infantería ligera. El resto (1000), componían las tripulaciones de 500 carros de guerra. Cada una de estas divisiones se desalaban separadas unas de otras por no menos de 8 horas de marcha, ganando flexibilidad y rapidez en el camino. Un gran acierto desde el punto de vista logístico, que el habilidoso Mutawalis iba a convertir en un desastre táctico.

Rasees no sólo se preocupó de la distribución de su ejército, sino también del espionaje. En los meses previos a la campaña, espías egipcios habían salido y entrado en Qadesh con mensajes secretos tatuados en su cuero cabelludo (que dejaban crecer antes de partir) para informar a los generales de Ramses de las deficiencias de las defensas de la ciudad, cuya rendición era el principal objetivo de la campaña.

Sin embargo, los hititas se enteraron pronto del avance egipcio, y Mutawalis reunió con celeridad un ejército semejante. 19000 soldados de infantería, armados de forma un poco más pesada en su mayoría que la infantería ligera egipcia, y 3500 carros de combate. La batalla estaba servida.

RELATO 4: TÚNEL.

Había imaginado de otro modo mi vida. Entonces, claro esta, era solo un niño. Ahora noto, sin darme cuenta de la jugada, que mi vida era una carta marcada. Una bala, una vida. Una lágrima que vale más en una tierra que en otra.

Cuando los veo, en sus aviones, en sus carros blindados...malditos, todos ellos. Al mismo tiempo que los veo siento nauseas, arcadas y un odio visceral. Malditos perros, aquí abajo la metralla salta ronroneando. Y creerme cuando os digo que no distingue entre niños, mujeres y hombres. En las calles los escombros se amontonan, entre piedras y más piedras los cuerpos de mis hermanos yacen sucumbidos...No, no tuvieron ninguna opción. En esta tierra he vivido desde que nací, para unos soy terrorista, para otro soldado, pero tan solo soy un ser humano. Y esta es la tierra de mis padres, ni más ni menos...

Saco un paquete de tabaco y lo comparto con mis amigos. En sus caras resplandece una vieja sonrisa, esa que todavía no nos han podido robar. Son para mi corazón como unos esperanzadores rayos de sol.

La noche vuelve a la morada, se respira, una vez más, el aura de la muerte. Ahora es cuando piensas, ¿veré un nuevo amanecer? Algunos guardan silencio, apoyados sobre sus AK47, en las entrañas del túnel los violines tienen gatillo y su música es desgarradora...

Sostengo una dura batalla, egoísta y sucia, contra mi propia persona. Salir de la madriguera, una bala, un misil...Buahh, la

cabeza estalla entre tantos pensamientos. Mi alma siente un calor fuera de lo natural, una voz dice "debes hacerlo". Soy solo un muchacho de 18 años que quiere vivir. Agazapado, vuelvo a mirar a mis compañeros, que inician rezos por nuestras almas perdidas en el pasado.

Iniciamos la marcha, siento el túnel como un embudo. Ya no hay lugar para la marcha atrás, nunca la hubo desde que nací. Aquí la muerte decrece para regresar con más virulencia. Es una pandemia.

El túnel llega a su fin, la mirada queda atrapada en el más allá.

Toca salir, tocar matar. Toca salir, toca morir...

RELATO 5: Guerra final (Cuento corto - Ciencia Ficción)

En el año 2199 nuestra vida parecía estar perdida, había escasas probabilidades de sobrevivir al ataque constante de los chinos. Ellos habitan en Saturno desde hace ciento veinte años, y lo único que buscan es apoderarse del sistema solar, para eso tiene que imponerse en Marte, donde nosotros y el resto de la humanidad vive.

La gran población del Imperio Chino, más del doble de todo nuestro planeta, facilitaba la innovación tecnológica en cuanto a armas, transporte, medicina, y otras cosas.

Hace treinta años empezó el ataque chino a nuestra "tierra". Como Marte tiene varios puntos inhabitables, la población se concentraba en un solo lugar muy grande. Por lo tanto China se podía imponer más fácil. Volaban desde Saturno a Marte a través de naves supersónicas. Cada un año de Saturno, salían mil naves, cada una con capacidad de quinientos mil humanos, que llevaban armadura pesada, armas láser, venenos, y medicinas, por si llegara a haber contacto.

Hoy, sólo quedan alrededor de cien personas en Marte, me encuentro prácticamente solo. No veo a nadie, queda poco para mi muerte; estoy muy herido, no tengo una pierna, y me sostengo con un pedazo de ópalo negro que encontré por acá.

Indudablemente el Imperio Chino va a seguir extendiéndose. Capaz llegue a conquistar otras galaxias, pero a mí ya no me importa. Sé

que di todo para defender al planeta, al cual hace cincuenta años
llegué. Me despido con ese orgullo, y por poco casi alcanzo la
esperanza de vida: tengo ciento diez años.

RELATO 6: Reseña histórica de La Guerra de los Mil Días. 1899-1902

Fueron numerosos los conflictos armados que vivió nuestro país a lo largo del siglo XIX debido a la pugna entre conservadores y liberales por el poder. Entre otros, nos condujeron a guerras como la de 1885 y 1895. En 1899 el partido conservador se hallaba dividido en dos corrientes: los Nacionalistas, que conformaban un gobierno excluyente con personajes de la talla de Rafael Núñez (fallecido en 1894) y Miguel Antonio Caro. Por otro lado el grupo de los Históricos aceptaba la necesidad de entenderse con los liberales, que para la época era una fuerza política importante, estaban en contra de la censura de prensa y la restricción de los derechos individuales para acallar la oposición, método usado por los primeros desde el Estado amparados en la reciente constitución de 1886.

El Partido liberal se encontraba de la misma manera fraccionado, entre los que deseaban agotar las instancias políticas para acceder al poder, y quienes estaban dispuestos a conquistar los espacios que el Gobierno les cerraba mediante la confrontación armada. Finalmente la segunda opción predominó y es el 17 de Octubre de 1899 que se declara oficialmente la insurrección liberal por Paulo Emilio Villar, uno de los jefes de este partido en Santander. Esta sería hasta nuestros días la gran guerra civil que durante cerca de tres años azotó a Colombia, y en la cual cerca de cien mil colombianos entregaron sus vidas, es decir el 2.5% de la población

de aquella época (el país contaba con un poco más de cuatro millones de habitantes).

Aunque esta guerra se conoció como la de los mil días, en realidad duró poco más de 1.100 días, prevalecieron los combates intensos y cruentos como la batalla de Peralonso, y la de Palonegro donde la muerte fue copiosa, y recorrió todo el territorio Nacional. Se destacaron múltiples personajes de cada bando como Rafael Uribe Uribe, Benjamín Herrera y Foción Soto entre otros por parte de los liberales, que aunque habían conformado una guerrilla, prefirieron siempre los enfrentamientos abiertos y de tropas numerosas. A nivel Internacional el conflicto fue seguido de cerca por Venezuela, Ecuador, Nicaragua quienes apoyaron la revolución liberal y Estados Unidos que influyó decididamente a favor del Gobierno Conservador al final de esta guerra.

En 1902 el número de combates había disminuido, el gobierno decide lanzar una nueva ofensiva militar, y ofrecer a la vez una posibilidad amplia de indulto para los revolucionarios que se desmovilizaran y entregaran las armas, lo que conduce a negociaciones con los liberales, como resultado se firman varios tratados de paz, de los cuales se destacan:

1. El tratado de Nerlandia firmado el 24 de Octubre por Rafael Uribe Uribe, donde previamente con un armisticio pactado, se reconocía a los revolucionarios como beligerantes y se les ofrecía una PAZ con garantías, el gobierno se comprometía a liberar a los presos políticos, a garantizar su seguridad y a cesar el cobro de la contribución a la guerra.

2. El Tratado de Winsconsin firmado por los liberales Lucas Caballero, Eusebio Morales y Benjamín Herrera, y por parte del Gobierno, los generales Víctor Manuel Salazar y Alfredo Vázquez Cobo en noviembre 21 del mismo año, cabe anotar que en ese momento la guerrilla liberal conservaba la posibilidad de seguir luchando desde Panamá, pues contaba con más de 10.000 hombres y material bélico suficiente. Algunos de los puntos del tratado eran: la libertad inmediata de todos los prisioneros de guerra y presos políticos, amplia amnistía y completa garantías para las personas y los bienes de los comprometidos en esa revolución, y la convocatoria a una nueva elección del congreso, con la tarea de estudiar las negociaciones relativas al Canal de Panamá, la reforma política, el equilibrio en las finanzas públicas, el control de la inflación y la devaluación.

3. El Tratado de Chinácota en norte de Santander es firmado entre Ramón González Valencia por parte del gobierno y los representantes del liberal Foción Soto. Este acuerdo acoge a los revolucionarios que permanecían en numero reducido en esta zona del País.

La voluntad del liberalismo de cesar las hostilidades, para que por la vía del Congreso evitara la intervención de los Estados Unidos en el caso de Panamá, no surtió el efecto esperado, pues fue tardía y gracias a la inexplicable lentitud de nuestros dirigentes, el 3 de noviembre de 1903, se dio la irremediable pérdida del Departamento, 75.000 kilómetros cuadrados de territorio Patrio.

Otro de los sucesos que hicieron parte del desenlace del conflicto, fue el interés de la sociedad civil por la finalización de la guerra, motivando a la Iglesia, en cabeza de Monseñor Herrera, a realizar un Voto o Promesa Nacional por la Paz. Para tal efecto, solicitó la ayuda del presidente Marroquín para edificar frente al Parque de los Mártires en Bogotá una Iglesia como eje simbólico del clamor de la nación consagrándola al sagrado corazón de Jesús. Se coloca la primera piedra a mediados del año 1902. Hoy en día a la entrada de éste centenario templo existen dos placas que recuerdan este evento histórico.

Luego de esta guerra civil, el país empobrecido, había destruido sus industrias, las vías de comunicación, la deuda externa e interna eran considerables, la libra esterlina, tipo de cambio de la época, había pasado en 1898 de 15.85 pesos papel hasta llegar a cotizarse en 1903 a 505 pesos. La nueva administración del General y empresario Rafael Reyes, con su lema: mucha administración y poca política, hace un llamado a todos los Colombianos a la Unión y la Concordia, comenzando un ajuste en todos los campos y un proceso sostenido de reconstrucción nacional . " El país todo entraba de lleno en un período de actividad. Las pequeñas industrias florecían visiblemente. Los capitales Colombianos empezaban a adquirir confianza en sí mismos y en los recursos del país y con cautela empezaban a colocarse en industrias nuevas: empresas mineras, fábricas de tejidos, refinerías de azúcar, plantas eléctricas para el alumbrado de las ciudades y para el suministro de fuerza motriz en diversas industrias, fábricas de cemento, empresas agrícolas de vasta extensión, todo mostraba que el país hacía ya el recuento de sus energías para incorporarse y seguir el rumbo actual

del mundo culto en busca de la prosperidad material" (Baldomero Sanín Cano).

Otro de los protagonistas por parte del Gobierno, el General Víctor Manuel Salazar, escribiría después de cuarenta años: Nuestros sacrificios, la sangre derramada y el luto de los hogares, no fueron completamente estériles, porque la lucha nos dejó los beneficios de una paz estable, esta paz que se aproxima al medio siglo de existencia y que conocemos con el nombre de " la paz de Wisconsin. " Que ella ha sido fecunda en bienes para Colombia, lo demuestra enfáticamente la tranquilidad en que hemos vivido en los últimos tiempos, el creciente desarrollo de las industrias, el florecimiento de la agricultura... (Memorias de la guerra de los mil días, Víctor M Salazar, firmante del tratado de Wisconsin).

RELATO 7: Un duelo

La guerra había acabado; los alemanes ocupaban Francia; el país palpitaba como un luchador vencido caído a los pies del vencedor.

De un París desquiciado, hambriento, desesperado, salían los primeros trenes que iban a las nuevas fronteras, atravesando con lentitud campos y ciudades. Los primeros viajeros miraban por las portezuelas las llanuras devastadas y los caseríos incendiados. Ante las puertas de las casas que seguían en pie, soldados prusianos, con el casco negro con punta de cobre, fumaban en pipa, a horcajadas en unas sillas. Otros trabajaban o charlaban como si formasen parte de las familias. Cuando se pasaba por una ciudad, se veían regimientos enteros maniobrando en las plazas, y, pese al traqueteo de las ruedas, llegaban a veces roncadas voces de mando.

El señor Dubuis, que había pertenecido a la Guardia Nacional de París durante todo el asedio, iba a reunirse en Suiza con su mujer y su hija, enviadas prudentemente al extranjero antes de la invasión.

El hambre y las fatigas no habían disminuido su abultado vientre de comerciante rico y pacífico. Había soportado los terribles acontecimientos con una desolada resignación y con amargas frases sobre el salvajismo de los hombres. Ahora que se dirigía a la frontera, acabada la guerra, veía por primera vez a los prusianos, aunque había cumplido su deber en las murallas y montado muchas guardias en las noches frías.

Miraba con irritado terror a aquellos hombres armados y barbudos instalados como en casa propia en la tierra de Francia, y sentía en el alma una especie de fiebre de impotente patriotismo al mismo tiempo que esa gran necesidad, que ese nuevo instinto de prudencia que ya no nos ha abandonado.

En su departamento, dos ingleses, llegados para ver, miraban con ojos tranquilos y curiosos. También ellos dos eran gruesos y charlaban en su lengua, hojeando a veces su guía, que leían en alta voz tratando de reconocer los lugares indicados.

De repente el tren se detuvo en la estación de un pueblecito, y

subió un oficial prusiano con gran ruido de sable en el doble estribo del vagón. Era alto, embutido en su uniforme y con barba hasta los ojos. Su cabello rojo parecía llamear, y sus largos bigotes, más pálidos, se lanzaban hacia los dos lados del rostro, cortándolo en dos.

Los ingleses se pusieron al punto a contemplarlo con sonrisas de curiosidad satisfecha, mientras el señor Dubuis fingía leer un periódico. Se mantenía acurrucado en su rincón, como un ladrón ante un guardia.

El tren volvió a ponerse en movimiento. Los ingleses seguían charlando, buscando el lugar preciso de las batallas; y de pronto, cuando uno de ellos extendía el brazo hacia el horizonte señalando un pueblo, el oficial prusiano pronunció en francés, estirando sus largas piernas y arrellanándose en su asiento:

-Cho maté toce franceces en eze bueblo. Cho cogí máz te cien brisioneros.

Los ingleses, muy interesados, preguntaron en seguida:

-¡Aaah! ¿Cómo llamarse ese pueblo?

El prusiano respondió:

-Farsburg.

Y prosiguió:

-Cho cogí ezos frifonez de franceces bor laz orejaz.

Y miraba al señor Dubuis riendo orgullosamente, de buen humor.

El tren avanzaba, siempre atravesando caseríos ocupados. Se veían soldados alemanes a lo largo de las carreteras, al borde de los campos, de pie junto a las barreras, o charlando ante los cafés. Cubrían la tierra como las langostas de África.

El oficial extendió la mano:

-Ci cho tufiera el mando habría tomado Paríz, y quemado coto, y matado coto el mondo. ¡No maz Francia!

Los ingleses se limitaron a responder, por cortesía:

-Aoh yes.

Él continuó:

-En feinte años, toca Europa, toca, pertenecerá a nozotroz. Pruzia maz fuerte que cotos.

Los ingleses, inquietos, no respondieron. Sus caras, impasibles, parecían de cera entre sus largas patillas. Entonces el oficial prusiano se echó a reír. Y, siempre arrellanado en su asiento, empezó a burlarse. Se burlaba de la Francia aplastada, insultaba a los enemigos caídos por tierra; se burlaba de Austria, vencida poco ha; se burlaba de la defensa encarnizada e impotente de los departamentos; se burlaba de los voluntarios, de la artillería inútil. Anunció que Bismarck iba a construir una ciudad de hierro con los cañones capturados. Y de repente puso sus botas contra el muslo del señor Dubuis, que apartaba la mirada, rojo hasta las orejas.

Los ingleses parecían haberse vuelto indiferentes a todo, como si de pronto se hubiesen encontrado encerrados en su isla, lejos del mundanal ruido.

El oficial sacó su pipa y, mirando fijamente al francés:

-¿Tiene uzted tabaco?

El señor Dubuis respondió:

-No, señor.

El alemán prosiguió:

-Le ruego que faya a comprarlo cando ce pare el tren.

Y se echó a reír de nuevo:

-Le taré una bropina.

El tren silbó, disminuyendo la marcha. Pasaban ante los edificios incendiados de una estación; después se detuvo.

El alemán abrió la portezuela y, cogiendo del brazo al señor Dubuis:

-Faya a hacer mi regado. ¡De brisa, de brisa!

Un destacamento prusiano ocupaba la estación. Otros soldados miraban, de pie a lo largo de una valla de madera. La máquina silbaba ya para salir de nuevo.

Entonces, bruscamente, el señor Dubuis se lanzó al andén y, a pesar de los gestos del jefe de estación, se precipitó en el departamento contiguo.

¡Estaba solo! Se desabotonó el chaleco, pues el corazón le latía con fuerza, y se secó la frente, jadeante.

El tren se detuvo de nuevo en una estación. Y de repente el oficial apareció en la portezuela y montó, seguido pronto por los dos ingleses a quienes empujaba la curiosidad. El alemán se sentó frente al francés y, sin dejar de reír:

-Uzted no ha querido hacer mi regado.

El señor Dubuis respondió:

-No, señor.

El tren acababa de ponerse en marcha.

El oficial dijo:

-Puez foy a cortarle zu pigote para llenar mi pipa.

Y extendió la mano hacia la cara de su vecino.

Los ingleses, siempre impasibles, miraban sin pestañear.

El alemán había agarrado ya un mechón de pelo y tiraba de él, cuando el señor Dubuis, de un revés, le apartó el brazo y, cogiéndolo por el cuello, lo derribó sobre el asiento. Después, loco de cólera, con las sienes hinchadas, los ojos inyectados en sangre, estrangulándolo con una mano, empezó con la otra, cerrada, a asestarle furiosos puñetazos en la cara. El prusiano se debatía,

trataba de desenvainar el sable, de estrechar a su adversario tumbado sobre él. Pero el señor Dubuis lo aplastaba con el peso enorme de su vientre, y golpeaba, golpeaba sin tregua, sin tomar aliento, sin saber dónde caían sus golpes. Corría la sangre; el alemán, estrangulado, bramaba, escupía dientes, e intentaba, aunque en vano, rechazar a aquel gordo exasperado, que lo molía a golpes.

Los ingleses se habían levantado, acercándose para ver mejor. Estaban de pie, llenos de gozo y de curiosidad, dispuestos a apostar a favor o en contra de cada uno de los combatientes.

Y de repente el señor Dubuis, agotado por semejante esfuerzo, se levantó y volvió a sentarse sin decir una palabra.

El prusiano no se arrojó sobre él, tales eran su pasmo, su asombro y su dolor. Cuando recuperó el aliento, pronunció:

-Zi usted no quiere darme una zatisfacción con la bistola, lo mataré.

El señor Dubuis respondió:

-Cuando usted quiera. Acepto.

El alemán prosiguió:

-Estamoz llegando a Estrasburgo, yo cogeré doz oficialéz de teztigoz, tenemoz tiempo antez de que zalga el tren.

El señor Dubuis, que resoplaba tanto como la máquina, dijo a los ingleses:

-¿Quiéren ustedes ser mis testigos?

Ambos respondieron al tiempo:

-Aoh yes!

Y el tren se detuvo.

En un minuto, el prusiano había encontrado a dos camaradas que trajeron pistolas, y todos se dirigieron a las fortificaciones.

Los ingleses sacaban sus relojes sin cesar, apretando el paso, apresurando los preparativos, preocupados por la hora para no perder la salida.

El señor Dubuis nunca había empuñado una pistola.

Lo colocaron a veinte pasos de su enemigo. Le preguntaron:

-¿Está preparado?

Al responder «sí, señor», se dio cuenta de que uno de los ingleses había abierto el paraguas para resguardarse del sol.

Una voz ordenó:

-¡Fuego!

El señor Dubuis disparó al azar, sin esperar, y notó con estupor que el prusiano, en pie frente a él, se tambaleaba, alzaba los brazos y caía rígido de bruces. Lo había matado.

Un inglés gritó un «Aoh!» vibrante de gozo, de curiosidad satisfecha y de feliz impaciencia. El otro, que seguía con el reloj en la mano, agarró del brazo al señor Dubuis y lo arrastró, a paso gimnástico, hacia la estación. El primer inglés marcaba el paso mientras corría, con los puños cerrados y los codos pegados al cuerpo.

-¡Un, dos! ¡Un, dos!

Y los tres juntos corrían, pese a sus vientres, como tres caricaturas de un periódico festivo.

El tren partía. Saltaron a su coche. Entonces los ingleses, sacándose sus gorras de viaje, las alzaron agitándolas, y luego, tres veces seguidas, gritaron:

-Hip, hip, hip, ¡hurra!

Después tendieron gravemente, uno tras otro, la mano derecha al señor Dubuis, y volvieron a sentarse uno junto al otro en su rincón.

RELATO 8: La gran solución.

La guerra de Paraguay con Bolivia había comenzado y muchos soldados habían sido enviados al frente a luchar. Liberato Farías se sentía orgulloso de los soldados y pensaba que ir a la guerra y defender al país era un acto valiente y además era un deber. Su esposa, Cesarina, lo amaba mucho y siempre cuidaba de él, ayudándolo en el trabajo, preparándole la comida, cuidando la casa, y, como era buena tomando decisiones, ella era la que manejaba la familia, sin que su marido lo notase.

En la guerra iban quedando cada vez menos soldados, hasta que un día citaron a Liberato a ir al frente. Éste entró en una desesperación total, ya no tenía deseos de ir a la guerra, todas las noches tenía pesadillas y se sentía muy asustado. Cesarina deseaba poder ayudar a su esposo, ya que lo que menos quería era que no pudiese sobrevivir a la guerra.

Un día se le ocurrió la idea de fingir un accidente y así lograr que Liberato no estuviera apto para pelear. Entonces pidió a Salvatore, un repartidor amigo de la pareja, que los ayudara con el plan: que accidentara a su marido y luego lo llevase al hospital fingiendo que lo había encontrado herido. Salvatore, a cambio, le confesó que se sentía muy atraído hacia ella y le pidió que le fuera infiel a su marido para, así él, cumplir con su parte del trato. Ella, sin otra alternativa, accedió.

Cuando Liberato hubo sanado de los fuertes garrotazos recibidos por

el repartidor, quién intentó matarlo, volvió a su casa. Encontró a Cesarina hablando muy plácidamente con Salvatore, quién tenía puestas varias de sus camisas. Liberato aceptó darle las camisas como un regalo porque se mostró muy agradecido con el hombre que le había brindado la solución para no ir a la guerra. A partir de ese momento, Cesarina salía muy temprano de su casa y volvía muy tarde y Salvatore pasaba mucho tiempo con ella en la casa, compartiendo con ella más que una amistad. Liberato finalmente, viéndose libre de correr peligro de ir a luchar, volvió a su antiguo parecer, apoyaba, desde lejos, a los soldados que marchaban al campo de batalla.

RELATO 9: JUAN LÓPEZ Y JOHN WARD

El planeta había sido parcelado en distintos países, cada uno provisto de lealtades, de queridas memorias, de un pasado sin duda heroico, de derechos, de agravios, de una mitología peculiar, de próceres de bronce, de aniversarios, de demagogos y de símbolos. Esa división, cara a los cartógrafos, auspiciaba las guerras.

López había nacido en la ciudad junto al río inmóvil; Ward, en las afueras de la ciudad por la que caminó Father Brown. Había estudiado castellano para leer el Quijote.

El otro profesaba el amor de Conrad, que le había sido revelado en una aula de la calle Viamonte.

Hubieran sido amigos, pero se vieron una sola vez cara a cara, en unas islas demasiado famosas, y cada uno de los dos fue Caín, y cada uno, Abel.

Los enterraron juntos. La nieve y la corrupción los conocen.

El hecho que refiero pasó en un tiempo que no podemos entender.

RELATO 10: Masacre de My Lai

(Guerra De Vietnam)

En Septiembre de 1969, el teniente William Calley fue acusado de horribles crímenes de guerra que causaron una profunda conmoción entre la opinión pública estadounidense.

La mañana del 16 de marzo de 1968, tres compañías de la 11ª Brigada de Infantería iniciaron una operación de búsqueda y destrucción en el área de My Son. El objetivo de la Compañía C era el 48º Batallón del Vietcong, que según los servicios de inteligencia tenía su base en una aldea conocida en los mapas militares estadounidenses con el nombre de My Lai-4. Los norteamericanos comenzaron lanzando un ataque heliportado.

No encontraron resistencia en la zona de aterrizaje y, por lo tanto el capitán Ernest L. Medina envió a las secciones 1ª y 2ª al poblado. Al ver la llegada de los norteamericanos algunos aldeanos comenzaron a correr y fueron abatidos a tiros. La 2ª sección arrasó la mitad norte de My Lai-4, arrojando granadas dentro de las chozas y matando a todo lo que saliera de ellas. Violaron y asesinaron a las jóvenes del poblado, rodearon a los civiles y los mataron. Media hora después, Medina envió a la 2ª sección al poblado de Binh Tay , donde violaron a más jóvenes antes de capturar entre 10 y 20 mujeres y niños para después asesinarlos.

La Matanza de los inocentes

Mientras tanto, la 1ª sección, bajo las ordenes del teniente William

L. Cassey Jr. arrasó la zona sur de My Lai-4, disparando a todo el que intentaba escapar, asesinando a otros con las bayonetas, violando mujeres, matando el ganado y destruyendo los cultivos y las casas. Los sobrevivientes fueron apiñados dentro de una acequia de desagüe. En ese momento, el teniente Calley abrió fuego contra los indefensos aldeanos y ordenó a sus hombres que hicieran lo mismo. Descargaron una lluvia de balas sobre aquella montaña de carne humana hasta que todos los cuerpos quedaron completamente inmóviles. Entonces como por milagro, un niño de dos años salió gateando entre los cuerpos, llorando. Calley lo empujó y disparó sobre él.

Media hora más tarde la 3ª sección entró en acción para terminar de "liquidar" al enemigo. Mataron a los aldeanos heridos para evitarles el sufrimiento, quemaron las casas, dispararon sobre el ganado que aún quedaba vivo y sobre cualquiera que intentara escapar; luego reunieron a un grupo de mujeres y niños y acribillaron sus cuerpos con balas de M16.

En total, murieron entre 172 y 347 personas, todos ellos ancianos, mujeres y niños desarmados. El capitán Medina informó que habían contado 90 cuerpos de Vietcong no civiles. El oficial de prensa de la división anunció que se había dado muerte a 128 enemigos, detenido a 13 sospechosos ¡y capturado 3 armas!. Era un día más en Vietnam.

El problema fue que dos periodistas, el fotógrafo Ronald Haeberle y el periodista del Ejército Jay Roberts, habían sido asignados a la sección de Calley.

Habían sido testigos de la masacre. Una mujer había recibido tantas ráfagas que sus huesos habían saltado en astillas. Otra mujer fue muerta a tiros y su bebé destrozado con un M16, mientras tanto otro bebé era atravesado con una bayoneta. Un soldado que acababa de violar a una joven, le metió el cañón de su M16 en la vagina y apretó el gatillo. Un anciano fue arrojado a un pozo con una granada: tenía dos opciones, ahogarse o saltar por los aires. Un niño que escapaba de la masacre fue derribado de un disparo. El suboficial Hugh C. Thompson, piloto de un helicóptero de observación, comenzó a lanzar granadas fumígenas para que pudiera localizarse a los heridos civiles y evacuarlos. Cuando vio que sus compañeros en tierra se guiaban por el humo para llegar hasta los heridos y rematarlos, se quedó atónito.

Gradualmente, las noticias se fueron divulgando. Los hombres de la Compañía C pregonaban orgullosos su victoria en My Lai. Los Vietcong distribuyeron panfletos denunciando aquella atrocidad y el Ejército investigó con indiferencia los rumores de la masacre, que se habían extendido a través de toda la cadena de mando, pero se decidió que no había fundamentos suficientes para una investigación. Ronald Ridenhour, oyó también los rumores de la masacre y se interesó por el caso. Reunió a algunos miembros de la Compañía C, entre los que se encontraba el objetor más destacado de aquella atrocidad, Michael Bernhardt. A medida que llegaban los informes, la euforia inicial se iba diluyendo y muchos de los que tomaron parte en ella comenzaron a preguntarse como podrían vivir con aquello que habían hecho cuando volvieran al "Mundo". Sabían que no podían tomar ninguna medida sin provocar

que se les acusara de asesinato, pero deseaban hablar con Ridenhour.

Ridenhour reunió las declaraciones, aunque estaba seguro de que si las presentaba al Ejército se volvería a realizar una investigación superficial y otra vez todo quedaría encubierto. No obstante, cuando volvió a casa después de su periodo de servicio, se dio cuenta de que le era imposible olvidar todo lo que había oído. Así que escribió una carta describiendo los testimonios que había reunido y envió 30 copias a los políticos más importantes.

El congresista Morris Udall, de Arizona, presionó al Ejército para que enviara un equipo de investigación a entrevistarse con Ridenhour. Seis meses más tarde y unos dieciocho meses después de la matanza, el teniente Calley fue acusado de asesinato.

Ni siquiera sabía leer un mapa

Calley era un muchacho normal. Un tasador de seguros de San Francisco que se dirigía a su Miami natal, donde había sido alistado, cuando se quedó sin dinero en Albuquerque y decidió enrolarse allí mismo.

Recibió la instrucción básica en Fort Bliss (Texas), fue a la escuela de administración en Fort Lewis (Washington) y luego a la escuela de oficiales en Fort Benning (Georgia), donde hizo muy poco que les distinguiera. Se graduó sin saber leer correctamente un mapa. Antes de partir, le pidieron que pronunciara un discurso de tres minutos sobre "Vietnam, nuestro anfitrión". Dijo que las tropas norteamericanas no debían insultar o atacar a las mujeres y que

debían ser corteses, pero el resto fue muy confuso.

No le bastó esa deficiente instrucción para enfrentarse a aquel vacío moral llamado Vietnam. Se encontró que no era capaz de controlar a sus propios hombres ni de resistir la creciente presión de sus superiores para los recuentos de víctimas.

El problema era que ni él ni sus hombres conseguían encontrar ningún Vietcong. Calley dijo que una prostituta con la que tenía relaciones mostraba tendencias comunistas y eso le preocupaba: "¿Debía matarla?". Pero luego, en el campo de batalla, no había encontrado ninguno.

Su ineptitud durante las emboscadas era tal que alertaba al enemigo a varios kilómetros de distancia. Y, cuando patrullaba, sus hombres siempre resultaban heridos.

Patrullando cerca de My Son en febrero, el operador de radio de Calley murió de un disparo. Durante tres días la Compañía intentó penetrar en My Son, pero tuvo que retroceder. Dos hombres murieron a causa de trampas explosivas y otro por heridas de bala de un francotirador.

La patrulla se había metido en un nido de trampas explosivas pero, cuando ya habían logrado salir ilesos de allí, dos hombres más murieron por los disparos de una ametralladora.

Volaban extremidades por los aires

En la siguiente misión, iban hacia el punto de reunión cuando una

explosión quebró la tranquilidad de la mañana y se oyó el grito de un hombre. Hubo otra explosión y luego otro grito. Luego otra detonación más, y otra y otra más.

Habían entrado en una zona minada y, mientras los hombres corrían a ayudar a sus compañeros heridos, se producía una explosión tras otra. Los cuerpos destrozados volaban por los aires, los enfermeros iban de un cuerpo a otro y las explosiones eran cada vez más. Aquello continuó durante dos horas, dejando 32 hombres muertos o heridos.

El 4 de mayo, la compañía recibió una salva de granadas de mortero y la mayor parte de los objetos personales de los soldados fueron destruidos. Diez días más tarde, dos antes del ataque a My Lai, cuatro hombres -entre los que se encontraba uno de los suboficiales de menos experiencia de la Compañía - Volaron en pedazos al caer en una trampa. En 32 días, la Compañía C, integrada por unos 100 hombres, sufrió 42 bajas, sin haber prácticamente visto al enemigo.

Calley también había visto atrocidades cometidas por los Vietcong. Una noche, los Vietcong capturaron a uno de sus hombres y estuvo oyendo sus gritos durante toda la noche a menos de 30 m. de distancia. Calley pensó que los Vietcong debían de tener altavoces, pero no.

Le habían despellejado vivo, dejándole sólo la piel de la cara; luego le sumergieron en agua con sal y le arrancaron el pene. Calley también había visto a un jefe de una aldea destrozado moralmente

después de encontrar en la puerta de su casa una tinaja de barro dejada por los

Vietcong, llena de un líquido que parecía salsa de tomate. Dentro había fragmentos de huesos, pelos y trozos de carne humana flotando. Era su hijo.

Había visto a soldados norteamericanos que mataban a civiles para probar su puntería o sólo por divertirse. Había oído hablar de helicópteros aburridos que se alquilaban para realizar cacerías humanas, y de soldados aburridos que iban a "cazar ardillas" en zonas civiles. Había visto a soldados norteamericanos que se disparaban sin ninguna razón y sabía que se lanzaban granadas lacrimógenas en los dormitorios de los oficiales.

El deber por encima de todo

Pero, a pesar de toda esa violencia gratuita, Calley sabía que tenía una misión que cumplir. El gobierno de Estados Unidos le había enviado a Vietnam por una razón: él estaba allí para detener el comunismo, al menos eso es lo que él creía. No sabía exactamente que era el comunismo, sólo sabía que era algo malo.

"Yo veo a los comunistas de la misma forma que los sureños ven a los negros", dijo en una entrevista. "El haber matado a aquella gente en My Lai no me obsesiona en absoluto. No lo hice por el placer de matar. En realidad, no estábamos allí para matar seres humanos sino para matar una ideología defendida por, no lo sé, piezas, bultos, trozos de carne. Yo no estaba en My Lai para destruir hombres inteligentes, estaba allí para destruir una idea

intangibile".

Incluso deseaba haber podido disparar contra la ideología sin tocar las cabezas de los hombres. Por otra parte, no era él quien en realidad lo hacía. "Yo personalmente, no maté a ningún vietnamita aquel día, quiero decir personalmente. Estaba representando a los Estados Unidos de Norteamérica, mi país". Calley creía firmemente que debía poner el deber hacia su país por encima de su propia conciencia. Incluso le preocupaba que se mataran ancianos mujeres y niños. Él había oído que las mujeres arrojaban granadas, los niños colocaban las minas y las chicas llevaban AK-47. Además, cuando los niños crecían se convertían en Vietcong, como sus padres. ¿Y dónde estaban los hombres?

¿Una aldea llena de niños sin hombres? Sus padres debían ser Vietcong. De cualquier modo, lo que él había hecho ¿era acaso peor que arrojarles bombas de 400 Kg. o freírlos con Napalm? También la bomba atómica había matado mujeres y niños en Hiroshima. ¿Porqué estaban armando tanto alboroto aquellos malditos yankees? Él no había actuado peor que el general Sherman en su marcha hacía el mar durante la Guerra Civil. Sólo se podía hacer una cosa: "La única forma de acabar con la Guerra de Vietnam es poner a todos los monos amarillos en botes y enviarlos a mar abierto, matar a todos los vietnamitas del norte... y luego hundir los botes".

Organizaba clases de costura

Como muchos militares norteamericanos, Calley finalmente dejó de creer en la guerra. Llegó a pensar que el razonamiento de que

debía detener el comunismo en Vietnam antes de que se extendiera a Tailandia, Indonesia, Australia y, finalmente Estados Unidos, era como si un hombre venía a tu casa a matar a su mujer para no manchar de sangre la alfombra de la suya... y que encima por el mismo precio, matara a tu mujer.

Él sabía que los Vietcong estaban conquistando el corazón y la mente de los vietnamitas. Después de My Lai, se convirtió en un S-5 (especialista de 5ª categoría), un suboficial que compraba cerdos para los campesinos, y organizaba clases de costura para las prostitutas y llevaba a los niños al hospital. Pero comenzó a darse cuenta de que hasta sus mejores esfuerzos eran inútiles. Los vietnamitas no querían su ayuda, no les importaba la democracia, el totalitarismo, el capitalismo o el comunismo. Lo único que querían era que los dejaran en paz.

"Yo era un boy scout"

El juicio de Calley dividió al país en dos. Los que estaban a favor de la guerra decían que sólo había cumplido con su deber. Los que estaban en contra afirmaban que Calley no era más que un chivo expiatorio, puesto que masacres como la de My Lai ocurrían todos los días, y que eran Jonson, McNamara y Westmoreland quienes debían sentarse en el banquillo. Pero el 80% de los encuestados estaban en contra de su condena.

El jurado salió de la sala el 16 de marzo de 1971 el día del 3er aniversario de la masacre de My Lai, y estuvo deliberando durante dos semanas. Lo declararon culpable de asesinato de un mínimo de 22 civiles. Fue sentenciado a cadena perpetua y trabajos forzados.

Más tarde la pena se redujo a 20 y luego a 10 años. Finalmente, fue liberado el 19 de noviembre de 1974, después de tres años y medio de arresto domiciliario: menos de dos meses por cada uno de los asesinatos por los que fue declarado culpable y menos de cuatro días por cada uno de los civiles muertos en My Lai.

Los cargos de asesinato premeditado y de ordenar una acción ilegal -homicidio - en contra de las órdenes de su superior, el capitán Ernest Medina, se redujeron a homicidio impremeditado por no haber sabido mantener bajo control a sus hombres. Como el jurado no creía que Medina estuviese realmente enterado de lo que estaban haciendo sus hombres en My Lai, le llamaron a declarar.

Se presentaron cargos -entre los que había uno de los que sentaron jurisprudencia en Nuremberg, de violación de las leyes y prácticas de la guerra - contra 12 oficiales y soldados más. Sólo cinco fueron llevados a juicio, ninguno fue condenado.

Una docena de oficiales, entre los que se encontraba el comandante de la división de Calley , el general de división Samuel W. Koster, fueron acusados por su participación como encubridores. Ninguno fue declarado culpable.

Calley está convencido de que cumplió con su deber ante Dios y ante la Patria; que era un hombre fiable, leal, servicial, atento, amable,

obediente, alegre, valiente, ahorrador, limpio y respetuoso. Y allí estaban los 347 civiles muertos en My Lai-4. Alrededor de 100

muestrados dentro de una acequia y uno de ellos era un niño de dos años.

Testimonios

"He fired at [the baby] with a .45. He missed. We all laughed. He got up three or four feet closer and missed again. We laughed. Then he got up right on top and plugged him."

"Le disparó (al bebé) con una .45. Le erró. Todos reímos. Se acercó tres o cuatro pies y volvió a errarle. Reímos. Entonces, quedó bien cerca y le acertó"

-Peers Inquiry: Report of the Department of the Army Review of the Preliminary Investigations into the My Lai Incident.

"Some of the people were trying to get up and run. They couldn't and fell down. This one woman, I remember, she stood up and tried to make it — tried to run — with a small child in her arms. But she didn't make it."

"Algunas de las personas estaban tratando de levantarse y escapar. No podían y se caían. Había una mujer en particular, recuerdo, quien se irguió y trató de hacerlo - de correr - con un pequeño bebe en sus brazos. Pero no lo logró"

-Army photographer Ronald Haeberle

"I would say that most people in our company didn't consider the Vietnamese human."

"Diría que la mayoría de las personas en nuestra compañía no consideraban humanos a los vietnamitas"

-Celina Dunlop, "My Lai: Legacy of a massacre", BBC News, fetched 16th March 2008

"It looks like a bloodbath down there! What the hell is going on?"

"Parece una carnicería allí abajo!¿Qué carajo está pasando?"

-Unidentified helicopter pilot over My Lai

"I did not see anyone alive when we left the village."

"No vi a nadie vivo cuando dejamos la aldea"

-Private First Class Robert Maples

"Calley and Meadlo were firing at the people. They were firing into the hole. I saw Meadlo firing into the hole.

Q: Well, tell me, what was so remarkable about Meadlo that made you remember him?

A: He was firing and crying.

Q: He was pointing his weapon away from you and then you saw tears in his eyes?

A: Yes."

"Calley y Meadlo estaban disparandole a la gente. Estaban

disparando dentro del hoyo. Vi a Meadlo disparar dentro del hoyo.

Q: ¿Dime, qué fue lo extraño en relación a Meadlo que hizo que lo recordaras?

A: Él estaba disparando y llorando

Q: ¿Él estaba apuntando su arma lejos de ti y luego le viste lagrimas en sus ojos?

A: Si. "

-Private First Class Robert Maples

Fotos del caso

Teniente W. Calley

Espeluznante relato - Guerra de Vietnam

Retrato de una masacre

vietnam

Capitán E. Medina

relato

H. Thompson, testigo de la masacre

Guerra de Vietnam

Familia vietnamita esperando ser fusilada

My Lai

Pequeño cadáver en pozo de agua

Espeluznante relato - Guerra de Vietnam

Hombre y niño fusilados

Vietnam

Hombre desconocido

relato

Cuerpos cerca de choza en llamas

RELATO 11: judíos y árabes han estado siempre en conflicto en la región.

Aunque los árabes eran mayoría en la Palestina anterior a la creación del estado de Israel, allí siempre hubo judíos. En su mayor parte, los palestinos judíos se llevaban bien con sus vecinos árabes. Esto empezó a cambiar con la aparición del movimiento sionista, porque los sionistas rechazaron el derecho de los palestinos a la autodeterminación y querían que Palestina fuera suya para crear un “estado judío” en una región donde los árabes eran mayoría y poseían la mayor parte de las tierras.

Por ejemplo, después de una serie de disturbios en Yafa (Jaffa) en 1921, en los que murieron 47 judíos y 48 árabes, el ocupante británico realizó una investigación y llegó a la conclusión de que “no hay antisemitismo inherente en el país, sea racial o religioso”. En realidad, los ataques contra las comunidades judías fueron el resultado de los temores árabes por el objetivo declarado de los sionistas de apoderarse del territorio.

Cuando la violencia estalló de nuevo en 1929, el informe de la comisión Shaw, británica, observó que “en menos de diez años, los árabes han llevado a cabo tres ataques serios contra los judíos. En los 80 años anteriores a estos ataques, no hubo ningún caso registrado de incidentes similares”. Representantes de todas las partes del conflicto emergente testificaron ante la comisión que

antes de la Primera Guerra Mundial, “judíos y árabes vivían juntos, si no de forma amistosa, al menos con tolerancia, una cualidad que es casi desconocida en la Palestina actual”. El problema es que “el pueblo árabe de Palestina está unido en la actualidad en su demanda de un gobierno representativo”, pero los sionistas y sus benefactores británicos les niegan ese derecho.

El informe británico Hope-Simpson de 1930 señaló, de forma similar, que los residentes judíos de las comunidades no sionistas de Palestina tenían relaciones de amistad con sus vecinos árabes. “Es bastante habitual ver a un árabe sentado en el porche de una casa judía”, decía el informe. “La situación es completamente distinta en las colonias sionistas”.

RELATO 12: Naciones Unidas creó el estado de Israel

Naciones Unidas se vio implicada cuando el Mandato Británico trató de lavarse las manos ante la volátil situación que sus políticas habían ayudado a crear y buscó librarse de Palestina. Para ello, solicitaron que Naciones Unidas tomara cartas en el asunto.

Así las cosas, se creó una Comisión Especial de la ONU sobre Palestina (UNSCOP) cuya misión era examinar la cuestión y ofrecer sus recomendaciones para resolver el conflicto. La UNSCOP no tenía ningún representante de ningún país árabe y, al final, emitió un informe que rechazaba explícitamente el derecho de los palestinos a la autodeterminación. Al rechazar la solución democrática del conflicto, la UNSCOP propuso que Palestina fuera dividida en dos estados, uno árabe y otro judío.

La Asamblea General de la ONU apoyó a la UNSCOP en su Resolución 181. Se afirma a menudo que esta resolución “partición” Palestina o que proporcionó a los líderes sionistas un argumento legal para su subsiguiente declaración de la creación del estado de Israel o alguna variante de estas afirmaciones. Todas estas alegaciones son falsas.

La Resolución 181 se limitó a ratificar el informe y las conclusiones

de la UNSCOP en tanto que recomendaciones. Huelga decir que para que Palestina hubiera sido oficialmente dividida, esta recomendación debería haber sido aceptada por judíos y árabes, algo que no sucedió.

Por otra parte, las resoluciones de la Asamblea General no se consideran legalmente vinculantes (solo las resoluciones del Consejo de Seguridad lo son). Y además, la ONU no tenía ninguna autoridad para tomar el territorio de un pueblo y entregárselo a otro, y cualquier resolución que estableciera tal partición habría sido nula en cualquier caso.

RELATO 13: Los árabes perdieron una oportunidad de tener su propio estado en 1947

La recomendación de la ONU para la partición de Palestina fue rechazada por los árabes. Hoy muchos comentaristas dicen que este rechazo fue una “oportunidad” perdida para que los árabes tuvieran su propio estado. Pero caracterizar esto como una “oportunidad” para los árabes es patentemente ridículo. El plan de partición no fue de ninguna forma una “oportunidad” para los árabes.

En primer lugar, como ya se ha señalado, los árabes eran una gran mayoría en ese momento en Palestina, mientras que los judíos constituían aproximadamente una tercera parte de la población, y esto gracias a la inmigración masiva procedente de Europa (en 1922, por el contrario, el censo británico mostraba que los judíos representaban únicamente el 11 por ciento de la población).

Por otra parte, las estadísticas de propiedad de la tierra de 1945 mostraban que los árabes poseían más tierras que los judíos en todos y cada uno de los distritos de Palestina, incluyendo Yafa, donde los árabes poseían el 47 por ciento de las tierras y los judíos solo el 39 por ciento (Yafa se jactaba de ser el distrito con el mayor porcentaje de tierra propiedad de judíos). En otros distritos, los árabes poseían una porción todavía mayor de las tierras. El caso

más extremo era el de Ramala, donde los árabes poseían el 99 por ciento de las tierras. En el conjunto de Palestina, los árabes poseían el 85 por ciento de las tierras, mientras que los judíos solo eran dueños del 7 por ciento, una situación que permaneció sin cambios hasta la creación del estado de Israel.

A pesar de estos hechos, la recomendación de partición de la ONU proponía que se entregara más de la mitad del territorio palestino a los sionistas para su “estado judío”. No era razonable esperar que los árabes aceptaran semejante propuesta injusta. Los comentaristas políticos señalan hoy que la negativa de los árabes a aceptar que parte de su territorio les fuera arrebatado, en base al rechazo explícito de su derecho de autodeterminación, representó una “oportunidad perdida”. Este juicio supone una asombrosa ignorancia de las raíces del conflicto o una falta de voluntad para examinar honestamente la historia.

También hay que señalar que el plan de partición fue rechazado por muchos líderes sionistas. Entre quienes apoyaron la idea, como fue el caso de David Ben-Gurion, su razonamiento fue que esto era un paso pragmático hacia su objetivo, que era conquistar la totalidad de Palestina para el “estado judío”, algo que podría conseguirse, finalmente, por medio de las armas.

Cuando se planteó por primera vez la idea de la partición, Ben-Gurion escribió que “después de que seamos una fuerza poderosa, como consecuencia de la creación del estado, aboliremos la partición y nos expandiremos a la totalidad de Palestina”. El estado

judío “tendrá que preservar el orden”, si los árabes no se someten, “con ametralladoras, si fuera necesario”.

RELATO 14: Israel tiene “derecho a existir”

El hecho de que este término se utilice exclusivamente en relación con Israel es instructivo en cuanto a su legitimidad, como lo es el hecho de que la demanda se dirija a los palestinos, que son quienes deben reconocer el “derecho a existir” de Israel, mientras que nadie exige a Israel que reconozca el “derecho a existir” de un estado palestino.

Las naciones no tienen derechos. Los tienen las personas. El marco adecuado para el debate es el del derecho de los pueblos a la autodeterminación. Desde este punto de vista, es algo evidente que no son los árabes los que han negado a los judíos ese derecho, sino los judíos los que han negado ese derecho a los árabes. La terminología israelí del “derecho a existir” es empleada constantemente para ocultar este hecho.

Como ya hemos dicho, Israel no fue creado por la ONU, sino que fue fundado el 14 de mayo de 1948 cuando los sionistas,

unilateralmente y sin autoridad legal, declararon la existencia de Israel, sin especificar cuáles eran las fronteras del nuevo estado. En un instante, los sionistas declararon que los árabes ya no eran los propietarios de sus propias tierras; ahora pertenecían a los judíos. En otro instante, los sionistas declararon que la mayoría árabe de Palestina eran ahora ciudadanos de segunda clase en el nuevo “estado judío”.

No es necesario decir que los árabes no aceptaron pasivamente estos hechos sobre el terreno. Los países árabes vecinos declararon la guerra al régimen sionista con el fin de impedir una injusticia tan grave contra la mayoría de los habitantes de Palestina.

Hay que subrayar que los sionistas no tenían derecho a la mayor parte de las tierras que declararon formar parte de Israel. Ese derecho era de los árabes. Por consiguiente, esta guerra no fue, como se suele decir, un acto de agresión de los estados árabes contra Israel. En realidad, los árabes intervinieron en defensa de los derechos de la población árabe de Palestina, para impedir que los sionistas se apoderaran ilegal e injustamente de sus tierras y privaran de sus derechos a la población árabe. El acto de agresión fue la declaración unilateral de la creación de Israel por parte de los líderes sionistas y la violencia que estos ejercieron para imponer sus objetivos, tanto antes como después de esa declaración.

En el curso de la guerra que siguió, Israel puso en práctica una política de limpieza étnica. Alrededor de 700.000 palestinos árabes fueron expulsados de sus hogares o huyeron por temor a las masacres, tal como había ocurrido en el pueblo de Deir Yasin poco

antes de la fundación del estado de Israel. A estos palestinos no se les ha permitido regresar a sus hogares y sus tierras, a pesar de que su “derecho al retorno” está reconocido y codificado en el derecho internacional.

Los palestinos nunca aceptarán la exigencia de Israel y de su principal benefactor, Estados Unidos, de que reconozcan el “derecho a existir” de Israel. Si lo hicieran, eso significaría que Israel tendría “derecho” a robar las tierras árabes, mientras que los palestinos no tendrían ningún derecho a ellas. Significaría, efectivamente, que Israel tenía “derecho” a la limpieza étnica de Palestina, mientras que los árabes no tenían derecho a la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad en sus propios hogares y en sus propias tierras.

El uso constante del término “derecho a existir” en la actualidad tiene un propósito: ocultar la realidad de que son los judíos quienes han negado a los árabes su derecho a la autodeterminación, y no al revés, y tratar de legitimar los crímenes de Israel contra los palestinos, tanto los del pasado como los actuales.

RELATO 15: Dios entregó esta tierra a los judíos, por tanto son los árabes los ocupantes

Por más que se debatan los hechos sobre el terreno, nada conseguirá convencer a muchos judíos y cristianos de que Israel haya podido hacer algo mal, pues detrás de sus acciones ellos ven la mano de Dios y sus políticas son, en realidad, según ellos, la voluntad de Dios. Creen que Dios entregó la tierra de Palestina, incluyendo Cisjordania y la Franja de Gaza, al pueblo judío y, por consiguiente, Israel tiene “derecho” a arrebatársela por la fuerza a los palestinos, que, en su opinión, son los verdaderos ocupantes ilícitos del territorio.

Puede recurrirse simplemente a las páginas de sus propios libros sagrados para demostrar la falacia de esta y otras creencias similares. A los cristianos sionistas les encanta citar pasajes de la Biblia como el siguiente para apoyar sus creencias sionistas:

Y Yahvé dijo a Abram, después de que Lot se separó de él:
“Levanta tus ojos y mira desde el lugar en que estás hacia el norte, el sur, el oriente y el poniente. Pues bien, la tierra que ves te la voy a dar a ti y a tu descendencia para siempre. Multiplicaré tu descendencia como el polvo de la tierra, de tal manera que si se pudiera contar el polvo de la tierra, también se podría contar tu descendencia. Levántate, recorre el país a lo largo y a lo ancho,

pues te lo voy a dar a ti (Génesis, 13:14-17).

RELATO 16: Los palestinos rechazan la solución de dos estados porque quieren destruir Israel

En una enorme concesión a Israel, los palestinos han aceptado desde hace mucho tiempo una solución de dos estados. Los representantes elegidos por el pueblo palestino en la OLP de Yasir Arafat han reconocido, desde los años 70, al estado de Israel y han aceptado una solución de dos estados. A pesar de esto, los medios de comunicación occidentales siguieron diciendo en la década de los 90 que la OLP rechazaba esta solución y que, en su lugar, quería borrar a Israel del mapa.

Este esquema se ha repetido con Hamas desde que ganó las elecciones palestinas de 2006. Aunque la organización islamista ha aceptado desde hace años la realidad del estado de Israel y ha demostrado su voluntad de aceptar un estado palestino en Cisjordania y la Franja de Gaza, junto al estado de Israel, es prácticamente obligatorio para los principales medios de comunicación occidentales, incluso en la actualidad, decir que Hamas rechaza la solución de dos estados y que, en realidad,

busca “destruir Israel”.

A principios de 2004, poco antes de que fuera asesinado por Israel, el fundador de Hamas, el jeque Ahmed Yasin, dijo que Hamas podía aceptar un estado palestino junto a Israel. Desde entonces, Hamas ha repetido una y otra vez su disposición a aceptar una solución de dos estados.

RELATO 17: Testimonio de un ex soldado israelí

Avichai es un judío israelí de 27 años que vive en Jerusalén. Como la mayoría de los israelíes, fue reclutado por el ejército cuando terminó la escuela secundaria. El año 2001, durante la segunda Intifada, Avichai fue asignado a una unidad militar que estaba instalada en las colinas del sur de Hebrón, en medio de territorios palestinos ocupados.

Avichai relata al Centro de Información Alternativa (AIC) sobre su estancia en el ejército: "En los primeros siete meses de entrenamiento, nos enseñaron a disparar, cómo allanar casas, cómo dispersar a una multitud. Pero una vez en Hebrón, comprendí que no sabía nada, yo no sabía cómo empezar. "

Explicó que los soldados no siempre reciben órdenes específicas de sus altos mandos, "Así que cada soldado se adapta al comportamiento de sus compañeros."

"Nos dejaban días enteros sin nada que hacer. Con el fin de escapar del aburrimiento, encontramos una solución: atacar aldeas, lanzando piedras y granadas contra los edificios, devastando casas, arrestando a los hombres en la calle. Como un videojuego. "

Los soldados a veces pasaban su tiempo golpeando a detenidos: "Una vez detuvimos a un hombre que se pensaba era responsable de la muerte de colonos judíos", continúa Avichai, "le golpeamos y dimos patadas y me decía a mi mismo: 'esto es lo que hay que hacer, mató a mi gente.' ❖

❖ Hacíamos lo mismo con todos, con cada palestino. Dimos golpizas a niños. Les encerrábamos en pequeños espacios durante días, solamente por lanzar piedras. Detuvimos a personas sin ninguna razón, solamente para debilitar la resistencia de los palestinos."

La atmósfera de violencia y machismo a veces conduce a los ex soldados a quitarse la vida: Avichai comenta: "El suicidio es la principal causa de muerte de ex soldados de las FDI". "El suicidio mata más que el conflicto palestino-israelí".

Años más tarde, Avichai está obsesionado con su servicio militar. "El horror de los gritos de los hombres palestinos que golpeé, el dolor de las mujeres cuyas casas destruí, me atormentan. No puedo hacerlos retroceder. "

Hace tres años, Avichai encontró un modo de enfrentarse con sus recuerdos: Breaking the Silence (BTS). La asociación fue creada en

2004 por ex soldados. Desde entonces, se han recogido los testimonios de más de 700 hombres y mujeres que, como Avichai, sirvieron en el ejército israelí.

La organización espera ayudar a la opinión pública israelí a ver lo que está sucediendo en los territorios palestinos ocupados. "Al principio, nuestro objetivo principal era llevar Hebrón a Tel Aviv, para mostrar a los israelíes cual es verdaderamente la situación en Cisjordania ", dice Avichai. "Ahora, nuestro siguiente paso es llevar Tel Aviv a Hebrón."

A través de BTS, ex soldados realizan viajes en Cisjordania para ayudar a aumentar la conciencia pública acerca de la brutalidad de la ocupación. La organización está particularmente interesada en el realizar los viajes con jóvenes israelíes que están a punto de entrar en el ejército.

"Antes de ponerme el uniforme", recuerda Avichai: "Yo no tenía la menor idea acerca de la realidad en el otro lado, en Palestina. Esa la consecuencia más peligrosa de la propaganda israelí: la mayoría de mis conciudadanos forma sus ideas y basan sus opiniones en la ignorancia. Les traemos a las colinas del sur de Hebrón para mostrar el dolor del cual Israel es responsable".

ÚLTIMO RELATO: La espada pacifista

Había una vez una espada preciosa. Pertenecía a un gran rey, y desde siempre había estado en palacio, participando en sus entrenamientos y exhibiciones, enormemente orgullosa. Hasta que un día, una gran discusión entre su majestad y el rey del país vecino, terminó con ambos reinos declarándose la guerra.

La espada estaba emocionada con su primera participación en una batalla de verdad. Demostraría a todos lo valiente y especial que era, y ganaría una gran fama. Así estuvo imaginándose vencedora de muchos combates mientras iban de camino al frente. Pero cuando llegaron, ya había habido una primera batalla, y la espada pudo ver el resultado de la guerra. Aquello no tenía nada que ver con lo que había imaginado: nada de caballeros limpios, elegantes y triunfadores con sus armas relucientes; allí sólo había armas rotas y melladas, y muchísima gente sufriendo hambre y sed; casi no había comida y todo estaba lleno de suciedad envuelta en el olor más repugnante; muchos estaban medio muertos y tirados por el suelo y todos sangraban por múltiples heridas...

Entonces la espada se dio cuenta de que no le gustaban las guerras ni las batallas. Ella prefería estar en paz y dedicarse a participar en torneos y concursos. Así que durante aquella noche previa a la gran batalla final, la espada buscaba la forma de impedirla. Finalmente, empezó a vibrar. Al principio emitía un pequeño zumbido, pero el sonido fue creciendo, hasta convertirse

en un molesto sonido metálico. Las espadas y armaduras del resto de soldados preguntaron a la espada del rey qué estaba haciendo, y ésta les dijo:

- "No quiero que haya batalla mañana, no me gusta la guerra".
- "A ninguno nos gusta, pero ¿qué podemos hacer?".
- "Vibrad como yo lo hago. Si hacemos suficiente ruido nadie podrá dormir".

Entonces las armas empezaron a vibrar, y el ruido fue creciendo hasta hacerse ensordecedor, y se hizo tan grande que llegó hasta el campamento de los enemigos, cuyas armas, hartas también de la guerra, se unieron a la gran protesta.

A la mañana siguiente, cuando debía comenzar la batalla, ningún soldado estaba preparado. Nadie había conseguido dormir ni un poquito, ni siquiera los reyes y los generales, así que todos pasaron el día entero durmiendo. Cuando comenzaron a despertar al atardecer, decidieron dejar la batalla para el día siguiente.

Pero las armas, lideradas por la espada del rey, volvieron a pasar la noche entonando su canto de paz, y nuevamente ningún soldado pudo descansar, teniendo que aplazar de nuevo la batalla, y lo mismo se repitió durante los siguientes siete días. Al atardecer del séptimo día, los reyes de los dos bandos se reunieron para ver qué podían hacer en aquella situación. Ambos estaban muy enfadados por su anterior discusión, pero al poco de estar juntos, comenzaron a comentar las noches sin sueño que habían tenido, la extrañeza de sus soldados, el desconcierto del día y la noche y las divertidas situaciones que había creado, y poco después ambos reían amistosamente con todas aquellas historietas.

Afortunadamente, olvidaron sus antiguas disputas y pusieron fin a la guerra, volviendo cada uno a su país con la alegría de no haber

tenido que luchar y de haber recuperado un amigo. Y de cuando en cuando los reyes se reunían para comentar sus aventuras como reyes, comprendiendo que eran muchas más las cosas que los unían que las que los separaban